

ESBOZOS DE EPISTEMOLOGÍA ESPÍRITA

Quintín López

ESBOZOS DE EPISTEMOLOGÍA ESPÍRITA

Quintín López

ESBOZOS DE EPISTEMOLOGÍA ESPÍRITA

Quintín López

EPIST

Quintín

ESBOZOS DE EPISTEMOLOGÍA ESPÍRITA

Quintín López

ESBOZOS DE EPISTEMOLOGÍA ESPÍRITA

Quintín López



ESBOZOS DE ESPISTEMOLOGÍA ESPÍRITA

I

DE LA IDEA DE DIOS

II

¿CÓMO DIVULGAR EL ESPIRITISMO?

¿QUÉ SISTEMA DE PROPAGANDA CONVIENE HACER?

POR

QUINTÍN LÓPEZ GÓMEZ

ÍNDICE

I.- DE LA IDEA DE DIOS	5
PROBLEMA RELIGIOSO: DIOS	8
II.- ¿COMO DIVULGAR EL ESPIRITISMO?	30
¿QUE SISTEMA DE PROPAGANDA CONVIENE HACER?	30

I DE LA IDEA DE DIOS

De los temas a tratar por la Sección primera del Congreso¹ trienal de la “Federación Espiritista Internacional” que estamos celebrando, figura en primer término el enunciado de este modo:

Problema religioso: Dios

Convenimos de buen grado en que ese tema se lo viene imponiendo la necesidad al Espiritismo militante, tanto con miras a obtener un criterio más

¹ Refiérese al **V Congreso Espírita Internacional** celebrado en Barcelona en septiembre del año 1934. El segundo celebrado en España tras el **I Congreso Espiritista Internacional**, que fue igualmente celebrado en Barcelona. Este opúsculo contiene pues las memorias presentadas por *Quintín López* en el **V Congreso Espírita Internacional**.

uniforme respecto de él, cuanto con la de que ese criterio sea la exégesis filosófica más depurada que entre todos los que tengan la osadía de afrontarlo, lleguen a formular.

Y declaramos ser uno de los del grupos que con mejor deseo afronten esa tarea, aunque reconociendo y confesando los pocos recursos con que contamos para llevarla a cabo.

Valga, pues, por lo que valiere, exponremos nuestro criterio, a favor del cual no pedimos benevolencia, sino crítica, razonada y severa crítica.

ESBOZOS DE EPISTEMOLOGÍA ESPÍRITA

PROBLEMA RELIGIOSO: DIOS

El hombre es religioso por naturaleza; y lo es, porque se reconoce débil, impotente para bastarse a sí mismo, y porque, quiéralo o no, se ve supeditado a leyes y fuerzas que en vano intenta contrarrestar.

En este hecho inconcuso, de todos los tiempos y de todos los lugares, es en el que radica la base de la Religión natural, primero, y de las innúmeras religiones que se han venido sucediendo en el transcurso de los siglos, después.

No vamos a detenernos a justificar este aserto, ya que es verdad generalmente admitida. Por otra parte, habríamos de invertir en hacerlo tiempo y espacio que nos hacen falta para el desarrollo de nuestra tesis. Lo que sí diremos, es que toda Religión refleja hoy, y ha reflejado siempre, el estado mental y emocional de sus fundadores y adeptos, justificando

el que se haya dicho que el hombre ha creado siempre a sus dioses, a su imagen y semejanza.

Y así es, y no ha podido ser de otro modo; porque el hombre, en todo tiempo, no ha tenido otros instrumentos para capacitarse de lo que le rodea, que sus cinco sentidos, avalados por su razón; y todos sabemos cuán deficientes y falaces son aquéllos, y que la razón no pasa de ser producto más o menos aquilatado de las experiencias acumuladas. Con tales instrumentos, lo ilógico fuera que los dioses concebidos por el hombre, no hubieran sido a su imagen y semejanza.

En igual caso nos hallamos nosotros; de manera que al arriesgarnos a pretender dar una idea de lo que el Espiritismo debe entender por su Dios, no podemos hacer otra cosa que aventurar una hipótesis en armonía con nuestra capacidad estésica y noológica; dicho sea esto en descargo de nuestra conciencia y como justificación a tamaño atrevimiento.



Por reducirnos lo más posible en esta tarea puesto que se nos requiere concisión, vamos a prescindir de toda otra Teología que no sea la que nos enseñaron de niños: que al fin y al cabo, no deja de ser la preponderante en los pueblos latinos.

El Dios al que nos han enseñado a orar y a temer, es un Señor infinitamente absoluto y absolutamente infinito, bueno, sabio, justo, omnisciente y misericordioso, que con su sobrenatural poder ha creado todas las cosas de la nada, con la sola eficacia de su palabra, por su voluntad y para su gloria; el cual Señor, tiene un Cielo para premiar con premio eterno a los buenos, y un Infierno para castigar, también con castigo eterno, a los malos.

Discurramos sobre cada uno de estos postulados, y veamos lo que podemos inducir o deducir de ellos.

*Dios es un Señor Infinitamente Absoluto y Absolutamente Infinito.*_ Perfectamente: sólo de este modo cabe la afirmación teológica de que su omnipresencia abarque a todo lugar y tiempo, y que todo sea de El, en El y por El.

*Es Infinitamente bueno, sabio, justo, omnisciente y misericordioso...*_ De hecho, de la infinita bondad y sabiduría, no pueden separarse la infinita justicia, la

infinita omnisciencia ni la infinita misericordia, porque éstas sin aquéllas, o aquéllas sin éstas, no se conciben: son mutuos corolarios.

Con su sobrenatural poder, ha creado todas las cosas de la nada, con la sola eficacia de su palabra, por su voluntad y para su gloria._ Aquí nuestra razón, nuestra esmirriada razón, no se adhiere tan fácil e incondicionalmente al postulado. Mira por todas partes, y por ninguna ve esa *nada* de la han sido creadas las cosas. ¿Cómo ha de verla, si hace un instante hemos quedado en que Dios era *Lo Infinito Absoluto y Lo Absolutamente Infinito*; en que su *Omnipresencia abarca a todo lugar y tiempo, y en que todo actúa en El y por El*? De admitir esta *nada*, que por el solo hecho de admitirla ya fuera *algo, o nada*, bastaría para limitar *Lo Absolutamente Infinito e Infinitamente Absoluto* de Dios; ya habría *algo* que no fuera en Dios, de Dios ni por Dios; ya habría dos relativos, uno tan inmenso como se quiera, y otro tan microscópico como lo puedan calcular las matemáticas; pero, al fin y al cabo, dos realidades por sí mismas substantivas; dos unidades heterogéneas esencialmente inacoplables.

Y tiene un Cielo para premiar con premio eterno a los buenos y un Infierno para castigar con castigo eterno a los

*malos.*_ ¡Cuidado! Se nos ha dicho que Dios, con su infinito poder, ha creado todas las cosas de la nada, y por lo tanto, al hombre; y se nos ha dicho también, que es infinitamente Omnisciente, Bueno, Justo y Misericordioso. Luego el hombre, bueno o malo, es tal como Dios lo creó; y si, en su Infinita Omnisciencia, sabía ya antes de crearle cómo había de comportarse, y no obstante, lo creó, no sabemos ver cómo sus infinitas Bondad y Misericordia podrán compaginarse con esa Su Infinita Justicia, que castiga o premia con infierno o cielo eternos un comportamiento que a más de ser relativo, fue, y no pudo menos de ser, el que el Infinito Poder y la Sabiduría Infinita le predestinaron.

Y, por el estilo, podríamos multiplicar las deducciones, si entrara en nuestros cálculos hacer la vivisección del Credo que se nos enseñó en cuanto empezamos a balbucir; pero no es ese nuestro intento, que, por otra parte, estaría en flagrante pugna con la persuasión que tenemos de que toda religión, pese a sus errores y a sus procedimientos, ha sido y es, un más o menos tortuoso sendero que ha inclinado a las generaciones hacia su Tabor moral.

Lo que nos guía, lo que nos impele en esta tarea, es el noble deseo de tratar de inquirir una nueva idea de Dios y de la Religión, que concuerde más con nuestras actuales luces; que no nos lleve a deshacer con una afirmación, lo que hemos presentado como postulado en otra afirmación y que nos sirva de punto de mira para los avances en igual sentido que nos depare nuestro eviterno futuro.

Y ya, más descargada nuestra conciencia con esta confesión, proseguimos nuestra tarea.



He aquí una hipótesis ajena y no reciente, que vamos a interpretar con riguroso sentido crítico. Se encuentra en los tres primeros versos del Evangelio de San Juan, y dice así:

“1. En el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios, y el Verbo era Dios. 2. Este era en el principio con Dios. 3. Todas las cosas por él fueron hechas. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.”

Según la definición de la Academia de la Lengua, “Verbo es la parte de la oración que designa esencia,

acción, pasión o estado, casi siempre con expresión de tiempo, número y persona"; y por lo que respecta al verbo *ser*, dice que es "el único que expresa la idea de *esencia* o *substancia*".

Con estos antecedentes a la vista, podemos trasladar a nuestro vulgar romance los tres versos del Evangelista Juan, de la siguiente forma:

DESDE EL PRINCIPIO, o sea *de toda eternidad*, era y estaba en Dios y con Dios en Lo Infinito Absoluto de Su Ser, la ESENCIA, dotada de toda PONTENCIA o ACCION generadora de *pasión* o *estado* y determinadora de *tiempo, número y persona* o unidades relativas, simples, completas y perfectas posibilidades y con relación también al desarrollo de las posibilidades de sus homogéneas; y se comprende que por el *Verbo*, es decir, por la ESENCIA, *todas las cosas fueron hechas*, y sin el *Verbo*, o sin la ESENCIA, *nada de lo que es hecho fuera hecho*, porque lo que *es hecho*, sea lo que fuere, acusa *formación* o *producción* en el *tiempo* y en el *espacio* de algo específico, *no distinto de la esencia* de que procede *en cuanto ser*, pero sí distinto de ella *en cuanto a estado o modo de ser y de manifestarse* en el *tiempo* y en el *espacio*. Y se comprende, la EVOLUCION UNIVERSAL, que no es más que la

REALIZACION gradual de los modos de actualizar la ESENCIA su POTENCIA.

Este modo de concebir a DIOS, a la CAUSA PRIMERA, a la RAIZ SIN RAIZ, no se colige, ciertamente, de lo que nos ha proporcionado la Ciencia ni de lo que nos ha proporcionado la Filosofía, porque la Ciencia sólo observa y experimenta los fenómenos que se ponen a su alcance, y la Filosofía sólo infiere lo que de la observación y de la experimentación puede inducirse o deducirse. Lo colige de lo que nos proporciona la FE asesorada por la intuición, tocada de razonamientos y ligeramente apoyada en la experiencia; esa FE que empieza por reconocer que no puede definir, que no puede científicamente demostrar al DIOS que siente en el fondo de su alma, en lo íntimo de su conciencia, pero que le impone la intuición como postulado irrecusable; esa FE que declara paladinamente que por lo mismo que no puede definir, que no puede demostrar a Dios con argumentos científicos, es por lo que más cree en EL por lo que Le acepta con mayor evidencia; ya que si fuera por la Ciencia demostrable, o simplemente definible, sería igual o inferior a ella, tendría sus

propias o similares limitaciones y estaría sujeto a sus mismas mudanzas.

¿Bueno, sabio, justo, poderoso...? No, ese no es el DIOS de la intuición que pone al alcance de la FE. La bondad, la sabiduría, la justicia, el poder... son propiedades *de lo que es*, pero no LO QUE ES; del mismo modo que el tamaño, el color y la forma son propiedades del objeto, pero no el objeto. Las propiedades todas las engendra la comparación, y el DIOS de la Fe es incomparable por lo mismo que ha de ser Absoluto, o no ha de ser. Luego, o Dios no es DIOS, o no es bueno ni malo, justo ni injusto, sabio ni lerdo: no es más que DIOS, que está en todo lo manifestado e inmanifestado como todo lo manifestado e inmanifestado está en El, no por unión, no por fusión hipostática, sino substantivamente, constituyendo cada ser y cada cosa Su expresión en lo relativo como El la constituye en LO ABSOLUTO.

¿Obcecación? ¿Herejía? ¿Absurdo?

Osadía, en todo caso; pero osadía sublime. Prosigamos.



Dios es, y no puede menos de ser, LO ABSOLUTO, y por lo mismo, Lo Incognoscible. Tratar de definirle resultaría una quimera, un absurdo.

Sin embargo, nos es preciso, nos es indispensable insistir sobre este punto; porque según el concepto que nos forjemos de la Teología natural o Teodicea, así serán las consecuencias que luego deduzcamos.

A mayor abundamiento, el que no podamos decir lo que Dios *es*, no nos veda poder inquirir lo que *no puede ser* ni lo que *no puede dejar de ser*: cabalmente lo que hacemos con casi todas las otras cosas, de las que pocas o ninguna vez inquirimos lo que son, sino lo que no son, y lo que no pueden dejar de ser, sin que por ello podamos afirmar que sean lo que nosotros imaginamos que son.

Así, pues, decimos: *Dios es lo Absoluto*, no porque sepamos ni podamos saber nunca lo que con este artículo y este adjetivo designamos, sino porque sabemos lo que designa la palabra *relativo*, es decir, limitado, perfectible, en posibilidad de comparación con otro ser o cosa, ni puede *dejar de ser*, por

consecuencia, su antítesis, que, sea lo que fuere, es lo que en nuestro lenguaje recibe el calificativo de *Absoluto*. Decimos también de El que es *Lo Incognoscible*, sin que podamos formarnos remota idea de lo que con ello significamos; pero sabemos que todo lo que cabe en nuestro conocimiento es observable, comparable, inducible, deducible, etc., y esto nos basta para concluir que Dios *no puede ser* cognoscible ni puede *dejar de ser* incognoscible. Y le aplicamos, en fin, el artículo *Lo*, porque, como indeterminado, es el que cuadra a ese carácter de integridad, de totalidad que a Dios atribuimos, ya que si dijéramos *el absoluto o los absolutos, el incognoscible o los incognoscibles*, patente está que podría interpretarse como adaptado a uno o muchos absolutos o incognoscibles en determinado orden de posibilidades o fenómenos, que no por ello dejarían de ser relativos y cognoscibles desde el momento que admitirían comparación con los que no consideráramos en el mismo grado manifestativo; mientras que nuestro propósito y nuestro fin, es indicar lo que no admite comparación por ningún concepto, lo que *Es* en Sí mismo y por Sí mismo absolutamente íntegro, absolutamente total.



El afirmar que “Dios no permite que le sea revelado todo al hombre”, implica, teológica y filosóficamente hablando, o un defecto de expresión, o un absurdo manifiesto. Será lo primero, si queremos interpretar en aquellas palabras que siendo Dios *Lo Absoluto*, y el hombre *relativo*, jamás podrá llegar éste al conocimiento de Aquél, porque para ello sería preciso que antes se hiciera también, no *absoluto*, puesto que ni aún el absoluto en sapiencia podría abarcar todo el conocimiento, sino *Lo Absoluto*, es decir, igual a Dios: cosa metafísicamente imposible, porque *Lo Absoluto* no admite duplicación. Y será un absurdo si tomamos la afirmación al pie de la letra, porque *Lo Absoluto* no puede querer ahora lo que no quiera luego, ni determinarse de otro modo que como acto puro, como Actualidad inmanente y permanente, como Aseidad.

Admitamos, en cambio, la exégesis primera, y encontraremos perfectamente razonado que el hombre vaya penetrando en los secretos de la Naturaleza, no de Dios, porque Dios no puede tener secretos a medida que progresa en ciencia y en

virtud, y aun que pueda, por intuición, saber lo que no puede enseñar la ciencia, sobre todo si descartamos, como nos es forzoso, por el imperativo categórico de la inmutabilidad y la inmanencia de *lo Absoluto* a que antes hemos aludido, el *Dios lo quiere* que aquí se aduce como causa eficiente y limitadora del conocimiento humano. Todo, en este caso, queda reducido al natural desenvolvimiento de las potencialidades psíquicas del hombre, que es, lógicamente pensando, lo que constituye el progreso y la revelación positiva por el intercambio de ideas entre los seres inteligentes.



Pese a sus muchas deficiencias, la razón humana puede permitirse proposiciones con atributos apodícticos, y una de ellas, es la siguiente: *La Esencia o Substancias es coeterna con LO ABSOLUTO*, sin ser LO ABSOLUTO, ¿Motivos? Si la Esencia hubiera precedido a *Lo Absoluto*, éste no fuera *Lo*, sino un absoluto relativo; si le hubiera sucedido, presentaría estos dos inconvenientes: o que Dios le dio ser de la nada y de la nada, nada se hace, o que ya existía, cuando menos en potencia, ajena a El, y en este caso,

ni El, ni ella, tendrían la propiedad de *lo absoluto*. Por lo tanto, hay que aceptar que la Esencia o Substancia, coeterna con LO ABSOLUTO en cuanto *Aseidad*, entra en las limitaciones de tiempo, espacio y relación concomitante al actualizarse en sus propiedades.

Y he aquí porque una misma Esencia puede ofrecérsenos, y se nos ofrece, aquí como materia con todas las apariencias de inerte; allí como fuerza activa con todas las apariencias de inmaterialidad; allá, como consciencia rudimentariamente orgánica, con esbozos de instinto; acullá, como inteligencia relativamente libre en organismos también libres; en planos más superiores, como espíritus esclarecidos, como Genios precursores, como Cristos... sin que por ello la Esencia deje de ser la misma Esencia ni deje de tener propiedades por desarrollar a lo infinito.



Aún componiéndose la substancia de un solo elemento dotado de todas las posibilidades y aun reconociendo que los olores, colores, sabores,

densidades, pesos, formas, etc., dependen no más que de las modificaciones que esos elementos pueden experimentar y de la disposición de los órganos destinados a percibirlas, fuera difícil concebir que todas las cosas tuvieran un común origen, no reconociendo a ese elemento un *ser* y un *estar* distinto de aquellos que nos impresionan y no apreciándole como un todo abstracto integrado por unidades efectivas naturalmente simples, completas, perfectas y potenciales a lo infinito. Mucho menos se concebiría aún que *todo esté en todo*, y que “la formación de un mundo, la germinación de una bellota y la concepción de una idea, obedezcan a una misma ley”, porque lo que entra por los ojos, no es eso.



Convengamos en que es abstruso entre los abstrusos, el enigma de la diferenciación entre Dios y el Universo; es decir: el de cómo y por qué de LO ABSOLUTO pudo derivarse lo relativo. Nuestro casi desconocido González Soriano, en su luminosísima obra *El Espiritismo es la Filosofía*, trata de descifrar el misterio suponiendo a Dios como unidad sintética

de dos elementos substanciales, uno, “el infinito y absolutamente perfecto, donde reside la infinita absoluta inteligencia y el infinito absoluto poder”; otro, “el infinitamente perfectible, donde reside la infinita imperfección en inteligencia y en poder”; aquél, la total realidad que lo realiza todo; éste, la realidad parcial que es realizada; el uno, lo realizador; el otro, lo realizable; y entrambos, constituyendo el Todo, lo Infinito, Dios.

Los más sutiles metafísicos de Oriente; aquellos que en sus elucubraciones han llegado a la afirmación de que cuanto es efecto o cosa manifestada, otro tanto es conocido por la Conciencia Cósmica y otro tanto dormita y puede ser desvelado en nuestra propia conciencia; los que nos hablan de los Logos Señores de Cosmos con sus Siete Hijos de Vida y de Luz, y sus Lipika, Maharajas y Constructores; los que nos describen planos, subplanos, cadenas planetarias, rondas, etc., etc., y por su modo de decir, parece que han llegado, de deducción en deducción, a sorprender los más admirables secretos genésicos; esos, decimos, o confiesan humilde y noblemente que nada saben en cuanto a la diferenciación que nos ocupa se refiere, o la consideran una “emanación”, o un “pensamiento”

del Gran Logos o Para brahmán, o afirman que esa diferenciación nada tiene de verdad y que sólo Maya o la ilusión nos hace ver lo que no existe ni aun en sombra.

Otros teólogos y metafísicos obvian la dificultad con una creación imposible; y los que optan por convertir a la naturaleza en Aseidad supeditada a leyes, no reparan o no quieren reparar que con ello no resuelven el problema, sino que lo desplazan, simplemente.

Tampoco nosotros _ ¡infelices!_ sabemos nada ni nos forjamos la ilusión de que con estas disquisiciones lleguemos a saber nada; pero como al intelecto se le impone llenar los vacíos que encuentra en sus andanzas, cuando no con verdades irreductibles, con hipótesis más o menos aventuradas, vamos a permitirnos exponer la nuestra, que será la más deficiente de todas, concedido; pero será la nuestra, en lo que cabe expresarnos de ese modo.



Partiendo que el concepto de Dios hemos emitido, se nos impone como una necesidad lógica la afirmación de que siendo LO ABSOLUTO, ha de abarcar el *más* y el *menos* de todo cálculo; es decir, como *Ser*, ha de abarcar todas las posibilidades de llegar a ser; *Omnisciente*, todas las posibilidades de conciencia o de sapiencia; como *Omnipresente*, *Infinito* y *Eterno*, todas las posibilidades de actuación en el tiempo y en el espacio; como *Omnipotente*, todas las posibilidades de realización en lo real, etc., etc.; pues si así no fuera, dejaría de ser *Lo Inmanente* y *Lo Inmutable*, ya que toda manifestación implica mudanza en el ser o cosa en que se opera, o dejaría de ser LO ABSOLUTO, puesto que las modalidades materia, fuerza, sensación y conciencia, por ilusorias que queramos suponerlas con relación a *El*, producen en nosotros, en cada alma, tal evidencia de cosa real, que no podemos en modo alguno aceptarlas como quimeras, ni podemos, en consecuencia, dejar de concluir, o que son por sí mismas, o que son por Dios, en Dios y de Dios.



Con esta hipótesis, con este modo de ver LO ABSOLUTO, no hay ni creación, ni formación, ni emanación, ni diferenciación substantiva de ninguna especie: hay sólo realización en formas infinitas de lo que fue, de lo que es y de lo que será por toda eternidad inmanente en esencia, correspondiendo con la actualización de sus infinitas posibilidades de llegar a ser en modos diversos también a lo infinito. Y de aquí arranca toda Ley, porque de aquí arranca la correlación de todo efecto con su causa; y de aquí arranca toda idea y toda forma, porque de aquí arranca todo existir en el tiempo y en el espacio; y de aquí arranca, en fin, el que todo cuanto exista sea de Dios, esté en Dios y subsista por Dios, sin que por ello sea DIOS porque de aquí arranca la diferenciación entre el Sujeto y el objeto, entre el Ente y el atributo, entre Lo Inmanente e Infinitamente Absoluto y lo trascendente e indefiniblemente mutable. Dios ES EL TODO, porque es LO ABSOLUTO; pero todo no es Dios, porque ni en conjunto, ni separadamente, deja de ser suma de sumados.

*

Arrancando de aquí la Ley, tiene que arrancar también de aquí la Moral; y si aquélla hemos visto que correlaciona todo efecto con su causa, dando lugar a que se realicen las infinitas posibilidades de llegar a ser ingénitas en la Esencia, en modos de ser también diversos a lo infinito, ésta, la Moral, debe comportarse de idéntico modo: no totalitaria e inflexible en sus preceptos, sino equiparable al estado evolutivo de cada Ego, para dejar también camino abierto a toda ordenada emulación.

Enriquecer, ampliar y depurar en nosotros mismos esa suma de sumandos de posibilidades convertidas en actualidades, es lo que constituye lo que entendemos por progreso y lo que debe constituir nuestra sacrosanta Religión, no a título de culto de Latría, que a lo Infinito Absoluto nada puede darle ni quitarle nuestra particular reverencia, sino a título de superación de nuestra propia dignidad, que colocándose más a plomo con la ley, ha de redundar en nuestro propio beneficio, particular y colectivamente.

Esto, que no otra cosa, Es lo que requiere de nosotros la Religión y la Moral; no un culto externo y formulario, que se pague de apariencias y no nueva al Ego a modificar y enderezar sus pasos. Y para esto

no hacen falta templos, ni ritos, ni sacerdotes: nos basta la particular conciencia, que nos acusa inflexible por nuestros desvíos y nos aplaude generosa nuestras buenas obras.



Sentemos nuestra conclusión.

Lo que diferencia lo relativo de Lo Absoluto, la parte en el Todo, los seres en El Ser, lo perfectible es Lo Perfecto...es el policromado resultado de la realización en infinitas formas de Lo que Fue, Es y Será, *in aeternum*, INMANENTE EN ESENCIA, y por esta regla de tres, lo que se nos ofrece como evolución, progreso, conquista y ampliación de facultades, etc., no es otro que LA REALIZACION EN CADA GERMEN DE LO QUE POSEEN EN POTENCIA. Pero...



Convengamos en que los atrevimientos de la humana razón, por grandes, por colosales que sean,

siempre habrán de quedar de la parte de afuera de la puerta del misterio genético. ¡Es muy poca cosa su potencia para remontarse a tales alturas!

Lo que en sana lógica se nos impone, es, o rechazar a Dios, a LO ABSOLUTO_ y en este caso ya hemos visto a lo que todo queda reducido_ o aceptarle de toda eternidad en su Inmanencia.

II

¿COMO DIVULGAR EL ESPIRITISMO?

¿QUE SISTEMA DE PROPAGANDA CONVIENE HACER?

Toda empresa humana requiere, para llevarla a cabo con éxito, planearla, primero bien; vitalizarla, luego, con el verbo de la decisión, y dignificarla, últimamente, con la ejemplaridad.

Para planear el problema “**¿Cómo divulgar el Espiritismo?**”, debemos en primer término, fijar lo que vamos a entender por Espiritismo.

Se ha dicho en todos los tonos que el Espiritismo es un sistema científico, filosófico y moral, que tiende a conocer todas las leyes de la Naturaleza y a determinar la misión del hombre, dentro de esas leyes, en su eviterno vivir.

Por consiguiente, lo primero que se nos impone, es adaptar lo más posible el Espiritismo que intentemos divulgar, a las leyes de la Naturaleza.

Este es el aspecto científico del Espiritismo.

“El Espiritismo será científico, o no será”, dijo Kardec, con visión profética; y el tiempo nos ha venido demostrando que el Espiritismo que no ha seguido esa ruta, ha ido de cayendo bajo el peso del ridículo a que le condenaba su credulidad bobalicona.

Es, pues, preciso, para que el Espiritismo eche raíces y crezca ufano, que ante todo, y sobre todo, sea científico, y que lo primero a que atiendan sus divulgadores, es a contrastar con los postulados de la Ciencia las hipótesis que emitan.

Ciencia y Filosofía no son cosas dispares y antagónicas, sino aspectos de una misma realidad, que, yendo acordes, proporcionan una más clara y amplia visión y comprensión del motivo examinado, y yendo discordes, le entenebrece y desvirtúan. Por lo tanto, es preciso que el Espiritismo a divulgar, entrelace ambos aspectos con el hilo de Ariadna que distinguimos con el nombre de Lógica.

Si la Ciencia y la Filosofía no son dispares entre sí, tampoco lo son la Moral; antes al contrario: ésta es el ornamento de aquéllas. Luego el Espiritismo que se debe divulgar, ha de ser el Espiritismo Científico, Filosófico y Moral.



Y ¿Qué es la Ciencia Espírita, la Filosofía Espírita y la Moral Espírita?

Lo que es la Ciencia, la Filosofía y la Moral en general, pero aplicadas a nuestros postulados.

La Ciencia se reduce al cada vez más amplio y depurado conocimiento de las cosas por las leyes que las rigen, de lo que resulta que no es inmutable, aunque sí imperecedera. Nuestra Ciencia, en ninguno de sus policromados aspectos, no es la Ciencia de nuestros tatarabuelos *en lo actual*; pero sí es la misma ciencia *en lo virtual*. Ellos tuvieron por Ciencia aquello que alcanzaron a determinar con su observación y los medios de que se disponían; nosotros tenemos por Ciencia lo que alcanzamos a comprender con nuestra observación y los medios de que disponemos. La fuente es la misma, y los

mismos hubieran sido los resultados si no hubiésemos cambiado, mejorándolos, los medios de observación. Pero tampoco nuestra Ciencia es toda la Ciencia ni está exenta de nebulosidades, y, consiguientemente, tampoco nuestra verdad es toda la Verdad ni está exenta de errores; de lo que se sigue que nuestra Ciencia_ y hablamos ahora de la Ciencia Espírita_ apoyada en los postulados de la Ciencia general, no puede ni debe decir: *"Esta es la verdad"* sino que puede y debe decir: *"esta es la verdad del presente"*

De idéntico modo debe comportarse en relación con la Filosofía. Esta, como es sabido, se nutre de la observación quintaesenciada. Newton dedujo la Ley de gravedad de la caída de una manzana. Para millares de personas, el fenómeno no hubiera tenido importancia ninguna; para el genio reflexivo de Newton, tuvo la de hacerle meditar acerca del por qué todos los cuerpos caen verticalmente hacia el centro de la tierra. El filósofo, pues, es el que, de la cosa más trivial en apariencia, sabe extraer el jugo, y por una serie de verdades concatenadas, induce o deduce una ley en ellas común, que en muchas ocasiones no está conteste con la experiencia, pero sí lo está con la lógica, que es la verdad de orden moral

o metafísico, tanto o más positivo que lo que se ve y se palpa.

En la Moral, finalmente, hay que apreciar también con preferencia el fondo a la forma, y sobre todo, hay que desarrollar sus veneros. Estos los proporcionan las emotividades, que, a su vez, tienen por amasijo las sensaciones. Enseñar a distinguir las sensaciones, es enseñar a pulimentar las emotividades y engendrar una Conciencia recta, justa, ecuánime. No es el temor el que hace al hombre bueno, recto, íntegro: es la persuasión que alcanza de que debe procederse así, para ponerse a plomo con la Ley.



Se hace, pues, Ciencia Espírita, y se divulga Ciencia Espírita, desarrollando y afinando la sensibilidad, rectificando y sublimando las emociones y haciendo ejercicios de lógica, que son los que nos proporcionan los conocimientos, así físicos como metafísicos y morales.

¿Qué medios son mejores para este trabajo?

No hay otro más adecuado que el estudio; esto es: la observación, el análisis y la inducción y deducción filosófica. Gimnasia fisio-psíquica, ¡mucho gimnasia fisio-psíquica! La física, para mantenernos con mente sana en cuerpo sano; la psíquica, para poder saltar de lo conocido a lo desconocido con auxilio del trampolín de la lógica.

¡No olvidemos que cualquier tema que abordemos, si lo abordamos bien, estará de perfecto acuerdo con nuestro Credo!



¿Procedimientos?

Todos son buenos, todos son útiles, con tal se adapten a las circunstancias de lugar y medio.

La conversación familiar, el discurso, la hoja volante, el periódico, el libro, la radiofonía...y ante todo y sobre todo, el ejemplo personal.

Porque invocamos la Ciencia, la Filosofía y la Moral, en nuestras palabras y en nuestros actos debemos reflejar que son prendas de nuestro uso. Porque invocamos el libre examen, no tenemos

derecho a ser intransigentes ni dogmáticos. Porque aceptamos la evolución, debemos esperar sin prisas la germinación, el desarrollo y fructificación de la semilla que desparramemos a manta.

¿Organización?

La más adecuada en cada caso; pero siempre con miras a irradiar nuestras aspiraciones de mayor desarrollo intelecto-moral, sin el triple moho del fanatismo, la pedantería y el medro.

Preguntas Frecuentes sobre Espiritismo

Libro Qué es el Espiritismo

Si tienes cualquier duda, encuentras algún error en el libro o quieres comunicarnos cualquier otra cuestión puedes escribirnos a:

info@cursoespirita.com

